

biografía, porque tendrá la admiración y el aplauso de todos los que lean su obra de deslumbrante chilenidad.—FRANCISCO SANTANA.



POÉTICA DE FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ

(Sobre sus «Canciones de Todos los Tiempos»)

Dilecto suceso es hoy día un volumen de versos. Por fortuna para el espíritu, el arte no detiene su caudal ante los escollos de la realidad adversa. Corre y corre y emerge siempre aún desde el fondo de las ruinas o desde el rincón de la desesperanza. Ni las catástrofes internacionales ni el signo de sangre que rubrica el tiempo presente, logran silenciar las voces ineludibles que el poeta extrae de las paredes húmedas del Ser. El vehículo formal no interesa. El arte es siempre expresión de Unidad. Cuando el cielo de Europa—como ahora—se pobló de sonos guerreros en 1914, la poesía—en plan de combate—disparó a lo alto las infernales baterías líricas de Dadá. Y en tropel de «ismos» siguió rutas desconcertantes a veces, pero auténticas y de hondo contenido artístico. Antes fué el soneto «al itálico modo», luego la resurrección del romance de aromas folklóricos y lunas de hojalata. Son formas cambiantes que importan precisamente la vitalidad de esta humana necesidad de alimentos estéticos. Ya lo dijo el mexicano González Martínez, en inspiradas estrofas —«Mañana los poetas cantarán en divino—verso que no logramos entonar los de hoy—nuevas constelaciones darán otro destino—a sus almas inquietas con un nuevo temblor». Pero él mismo subraya luego: «Y todo será inútil y todo será en vano—será el afán de siempre y el idéntico arcano—y la misma tiniebla dentro del corazón».

Los poetas, las escuelas, los estilos pasan; la poesía permanece.

Valgan estas breves divagaciones como introducción a la poética de Félix Armando Núñez, cuya última obra, «Canciones de Todos los Tiempos», ha de suscitar seguramente comentarios diversos acerca de la actualidad o inactualidad de su numen en relación con las nuevas tendencias artísticas. Pero dejemos tal empresa a los dialécticos, y entremos con el poeta al recinto de estas canciones, que si bien distanciadas por extenso lapso, resultan próximas, contiguas, unas, por el contenido poético que encierran y el sello íntimo y personal que las alienta.

Observemos desde luego que esta obra adviene después de veinte años durante los cuales Núñez guarda un silencio constructivo, que sólo interrumpe esporádicamente con la publicación de algún poema en periódicos o revistas. El poeta es hombre de consciente disciplina intelectual y controladas incursiones a través del espíritu. Desde su cargo de Secretario General de la Universidad de Concepción o desde sus cátedras de Filosofía y Literatura: desde sus meditaciones solitarias a través de dilatados paseos, de lento ritmo y súbitas estaciones,—«quiero perder el tiempo, andando»—; desde la mesa en que escribe, en su cuarto atestados de libros, el poeta se afana incansablemente, con riguroso buril, en vaciar al poema perfecto su emoción tensa y casi fría al parecer, si no fuera que es el resultado de su dominio consciente sobre la turbulencia de su sensibilidad artística. Ocurre con este poeta lo que con el maestro francés Paul Valery, a quien admira fervorosamente. Su obra es fruto maduro y pleno. Nada de improvisaciones irreverentes. Un poema es orfebrería divina y no un juego malabar. Laboriosa gestación, silencioso y lento proceso de madurez el de la obra de Valery, que como dijéramos en otra oportunidad (1) «da la idea de angustiosas vigilijs tras la estupenda arquitectura musical que la suspende». Así también en las «Canciones de

---

(1) «Atenea». Julio de 1935, núm. 121.

Todos los Tiempos» de este poeta venezolano nacido en Chile a la vida artística.

Si bien el movimiento disminuye mientras la naturaleza se hace más perfecta, según lo enseñaba Aristóteles, concepto que traído al terreno artístico importa en buenas cuentas el clasicismo, el poeta de verdad tiende naturalmente a perpetuarse en la entraña del poema por medio de formas más y más definitivas. Tal ocurre en esta reciente entrega lírica de Félix Armando Núñez, donde se nos exhibe el artífice infatigable que ha evolucionado hasta llegar a categorías estéticas de alta significación trascendente. Lejos del artista surrealista que durante las horas de sueño colgaba en su puerta un letrero que decía: «El poeta trabaja». Núñez ha puesto toda su inteligencia sensible al servicio de esta amarga aventura de crear belleza. Así, el idioma adquiere en sus manos una extraordinaria precisión y una exactitud de mecánica perfecta, junto con un brío de nervio y música que hacen que cada palabra se encienda desde su más puro contenido de armonía. Oigámosle en uno cualquiera de sus sonetos, tal vez las más logradas de sus canciones: —«Para el puro fulgor ya nada queda,—calla el silencio, el ala no palpita,—se disipa el perfume de la cita,—se evade la molicie de la seda.—¿Dónde la íntima voz de la arboleda—si el aura del crepúsculo la agita?— ¿Dónde la mano breve y exquisita—que iza un pañuelo cuando el coche rueda?—Ayer fué vida y hoy tiempo abolido:—Ayer el valle azul desde la cima,—y hoy la fría ceniza del olvido.—Con nuestro afán la fuente ya no rima:—y sin embargo... todo lo perdido—al nombrarlo parece que se anima».

Desde los tiempos de «La Valla inútil» y de «No te vayas, amor», versos que viven prendidos en los labios de tantos promociones estudiantiles durante los últimos veinte años, hasta estas recientes canciones, el poeta, situado en el escenario mutable del universo y con el «corazón abierto» a toda clase de sollicitaciones, ha ido vaciando sus melodías interiores en

poemas que hasta ahora recoge con su red de pescador alucinado. De ahí que cierta diversidad de tonos y movimientos musicales hagan de esta cosecha una verdadera sinfonía de sus matices poéticos ejecutada por una orquesta que dirige y constituye el propio artista. Así encontramos en estas canciones el puro sello romántico de «Sacramento»; el toque elegíaco, al modo de Marquina, de ese «Madrigal» que se inicia: —«Yo no sé si es la Amada inteligente—pero su corazón tan puro y bello—le ilumina la mente...», etc.; el epicureismo de «Epitalmio» y «Acción de gracias»; el acento filosófico y hermético de «Pájaros.—Mar del Perú»; la brisa helénica que recorre a «Venus en el Mediodía de la Onda», el liviano y aéreo ritmo de «Sonata lunar», que es como un aire musical de Mozart, la más canción de estas Canciones; el bronce orquestal del «Canto heroico a Chile»; ya incorporado al repertorio de nuestras odas patrióticas; las magníficas traducciones y paráfrasis que finalizan la obra, etc. Sería estéril prolongar la búsqueda para esta sumarísima exposición. Baste la anterior como incitación al placer de gustarla en el libro.

Señor de sus palabras exactas, dueño de sus metáforas ágiles y brillantes, director de sus emociones traducidas en música verbal, con un hondo sentido de la belleza y un copioso fluir de sensaciones—línea, color y ritmo,— Félix Armando Núñez podrá ser discutido como artista de la hora actual, pero sus «Canciones de Todos los Tiempos», exhiben una condición innegable y permanente: la de ser cantadas por un poeta de verdad.—JORGE HERRERA SILVA.